

«Un camino pedregoso», «Dios habla con el desierto». ¿Sería esto un paisaje ruso? Más probablemente, español (tal y como se lo imaginaba el poeta). Pero lo cierto, tal vez, es que sea un paisaje del alma creado por la imaginación, que, por extraña coincidencia, describe los solitarios y pedregosos caminos de la lejana Castilla.

Enorme éxito tuvo en Rusia la *Carmen* de Merimée. El personaje creado por el escritor francés fue durante mucho tiempo asociado espontáneamente por los rusos a lo que podría ser España. Fue tal su popularidad que, plagiada la imagen por los diseñadores, empezó a figurar en las cajas de bombones, en los frascos de colonia y en los jabones de calidad. Pero, lo que es mucho más importante, hizo su aparición en la gran poesía. El famosísimo ciclo de Alejandro Blok —*Carmen*, dedicado a una gran intérprete de este papel en la no menos famosa ópera de Bizet, y aparecido en 1914— es un eco de aquella larga y antigua pasión por la España gitana.

Pero, como toda moda, la española, extendiéndose, empieza a impregnarse de aquellos toques de vulgaridad, que luego fue dado en llamar «españolada» con el consabido Guadalquivir, Sevilla, guitarras, mantillas y pañales. Surgen la romanza y la canción pseudoespañolas. Este género cursi fue a mediados del siglo pasado magníficamente parodiado por un apócrifo poeta que firmaba «Cósimo Prutkov». Este personaje, ya de por sí una parodia del literato de entonces, fue una creación de tres escritores, dotados de una vena satírica notable: Alexis Tolstoi y los hermanos Zhemchúzhnikov...

Fueron ellos los que escribieron un poema que se hizo famoso entonces, cuyo título podría glosarse así: «Vehemente deseo de ser español». El título ya habla por sí mismo.

Silenciosamente sobre la Alhambra
duerme toda la Natura
Duerme el castillo Pambra,
Duerme Extremadura.

Dadme una mantilla,
Dadme una guitarra,
Dadme a Inesilla,
y un par de castañetas.

Dadme una mano fiel,
dos palmos de acero,
unos celos desmesurados
y una taza de chocolate...

Claro que se trata de una tomadura de pelo, pero, aun en forma de parodia, «Deseo de ser español» es un exponente directo del interés que suscitaba lo español exótico y, desde luego, una brillante parodia de la hispanomanía.

Si quisiéramos hablar de autores más serios, tendríamos que mencionar en primer lugar el libro de Vasili Botkin (1812-1869) *Cartas sobre España*. Con este libro, a las fantasías de los rusos, nostálgicos de las bellezas del Sur, de pasiones incontenidas, se suma un trabajo sobrio y ponderoso de alguien que realmente ha visitado el lejano país y, lo que es más importante, de alguien que ha sabido narrar su viaje.

Botkin visita España en el año 1845. Con gran veracidad y simpatía describe todo lo que ha visto, destruyendo simultáneamente consabidos estereotipos. «Nadie puede imaginarse nada más triste que Castilla la Vieja» —escribe nuestro autor, en vez de extasiarse ante el cielo del Sur.

Todo el siglo XIX estuvo cantando el Guadalquivir. Botkin, en cambio, nos dice: «Salimos de viaje por el Guadalquivir, un río turbio y pardusco, encerrado en unas orillas aburridas». Granada en cambio le produce un éxtasis. Y su valoración de los españoles contradice radicalmente el veredicto de los escritores franceses de la Ilustración:

Se ha dado en decir que en España el pueblo es ignorante, pobre, lleno de supersticiones, que la Ilustración no le ha afectado. Así, por lo menos, piensa toda Europa, pero pongan ustedes a este «Mujik» (es decir, «campesino». N.V.) español al lado del francés, alemán, o inglés, y os causará sorpresa en su sentido nato de la dignidad, la delicadeza de su porte, su habla, correcta y natural... No cabe la menor duda de que el pueblo español tiene un alto concepto de la ética, no inferior, y quién sabe si superior, al de cualquier pueblo europeo. Tiene todo lo necesario para parangonarse con los primeros pueblos de Europa.

Botkin muestra en sus juicios originalidad e independencia de criterio. Su libro tuvo un éxito clamoroso. Era citado con frecuencia e imitado. El gran escritor ruso Goncharov (conocido internacionalmente por su novela *Oblómov*) publicó sus voluminosos diarios de viaje en barco alrededor de la tierra, en un libro llamado *La fragata Palas*. No tuvo la oportunidad de visitar España durante el viaje, pero bordeando su costa meridional recordó el libro de Botkin. He aquí lo que escribe:

Ya estamos en España, con su Andalucía florida —pensaba con tristeza, mirando en la dirección que me indicaba el viejo marino—. Sevilla, caballeros con guitarras y espadas, mujeres, balcones, limoneros.

Si pudiese irme ahora mismo a algún lugar de Granada, donde con tanta inteligencia y elegancia viajó el epicúreo que fue Botkin, que pudo libar hasta la última gota toda la dulzura del cielo y aire de España, sus mujeres y naranjos. Oh, si pudiera vivir ahí un tiempo, tumbarme debajo de un oleandro o de un álamo, aunar la pereza rusa con la española y ver qué es lo que podría salir de esto... Pero la fragata marcha viento en popa... ¡Adiós, España; adiós, Europa!

Esta cita, que pudiera parecer poco original, en realidad es muy interesante. El que conoce a Goncharov se arriesgaría a afirmar que la consabida conjunción de «caballeros y limoneros» está mencionada con sentido irónico. Aquí, por primera vez hace su aparición la idea de la similitud de dos

pueblos aparentemente poco parecidos, que viven a ambos lados del continente. «Unir la pereza rusa y la española...». Hay que tener en cuenta que la «pereza» (siempre entrecomillada) para Goncharov no es peyorativa. Recordemos que Goncharov es el poeta de la pereza. A su personaje la pereza le destruye. Pero, aunque esto parezca paradójico, también lo exalta. Es tan grandiosa e indestructible que adquiere dimensiones épicas. Su «pereza» es no sólo un vicio que destruye al enviciado. Es también el Oriente contemplativo, la libertad casi, casi la poesía, y en cuanto tal, un contrapeso al pragmatismo europeo, aburrido y mecánico. Esta poesía de la pereza, este no estar contaminado con el espíritu mercantil, es lo que intuye Goncharov en estos dos pueblos europeos, no del todo occidentalizados.

Aquí viene a la memoria el episodio de la vía del tren, que tiene una vía, ni peor, ni mejor, sino diferente.

El tema de la similitud de España y Rusia está glosado satíricamente en un poema de un autor desconocido, un tal Koloshin, que en los años sesenta escribía:

Detrás de los montes Pirineos
hay un país igual (al nuestro)
rico de dones de Dios
pero sin orden ni concierto también.

También allí un montón de estaciones sucias,
también faltan caballos para engancharlos,
las mismas instancias
y jueces que se venden.

Allí la guitarra sustituye a la balalaika,
las mismas gitanas, exactamente igual.
La misma chusma de funcionarios.
Y cuando nosotros decimos «seichás» ellos dicen «ahora».

Al estudiar a los españoles
llego a la conclusión
que a excepción de granadas frescas
todo lo demás lo tenemos en casa.

Es de rigor mencionar aquí otro libro, en el que España es pintada de una manera brillante, ingeniosa y, a veces, desconcertante. Son los *Ensayos sobre España*, las notas de viaje de V. I. Nemirovich-Danchenko, que aparecieron en los ochenta del siglo pasado. Nemirovich-Danchenko —hermano, por cierto, del famoso director del Teatro de Arte—, que describe su viaje en un estilo vivo y directo, hace agudas y finas observaciones sobre el carácter de los españoles, su historia y su arte.

Tal y como lo hicieron muchos extranjeros, antes y después de él, toma nota de los extremismos en el carácter de los castellanos. Dice: «Nada a

medias —o la apatía y ociosidad, o locos y apasionados arrebatos. Todo al borde de la locura. Un solo paso y todos estos tristes caballeros perderían el juicio... Un país que espera la aparición no de sus Dickens y Dodets, sino de su Dostoyevski».

Este fragmento no está citado por casualidad, porque es muy importante otro reflejo de España en el espejo ruso. Menos espectacular, probablemente, pero infinitamente más importante que todos los anteriores.

Es el reflejo de la figura desgarbada del triste y loco caballero Don Quijote. Don Quijote en la literatura rusa es un tema que merecería estudio aparte, pues es difícil encontrar un personaje más popular en Rusia. Mucho se podría decir del interesantísimo análisis de Turguénev en su conferencia «Hamlet y Don Quijote», a la que asistió, por cierto, Dostoyevski. Por razones de espacio me veo en la necesidad de ceñirme a otra interpretación incomparable por su agudeza y profundidad. Es la sombra que Don Quijote proyecta sobre la novela universalmente famosa de Dostoyevski, *El Idiota*. Dostoyevski llamó a la novela de Cervantes «una cima inaccesible del espíritu humano», y su famoso párrafo sobre la novela, extraído de *El Diario de un escritor* ha sido citado reiteradas veces.

Cuando Dostoyevski emprendió la tarea de escribir una novela sobre «un hombre positivamente bello», como en realidad lo es el príncipe Mishkin, tenía en cuenta a dos personajes: a Cristo y a Don Quijote. Sin estos dos antecedentes el príncipe Mishkin sería inimaginable.

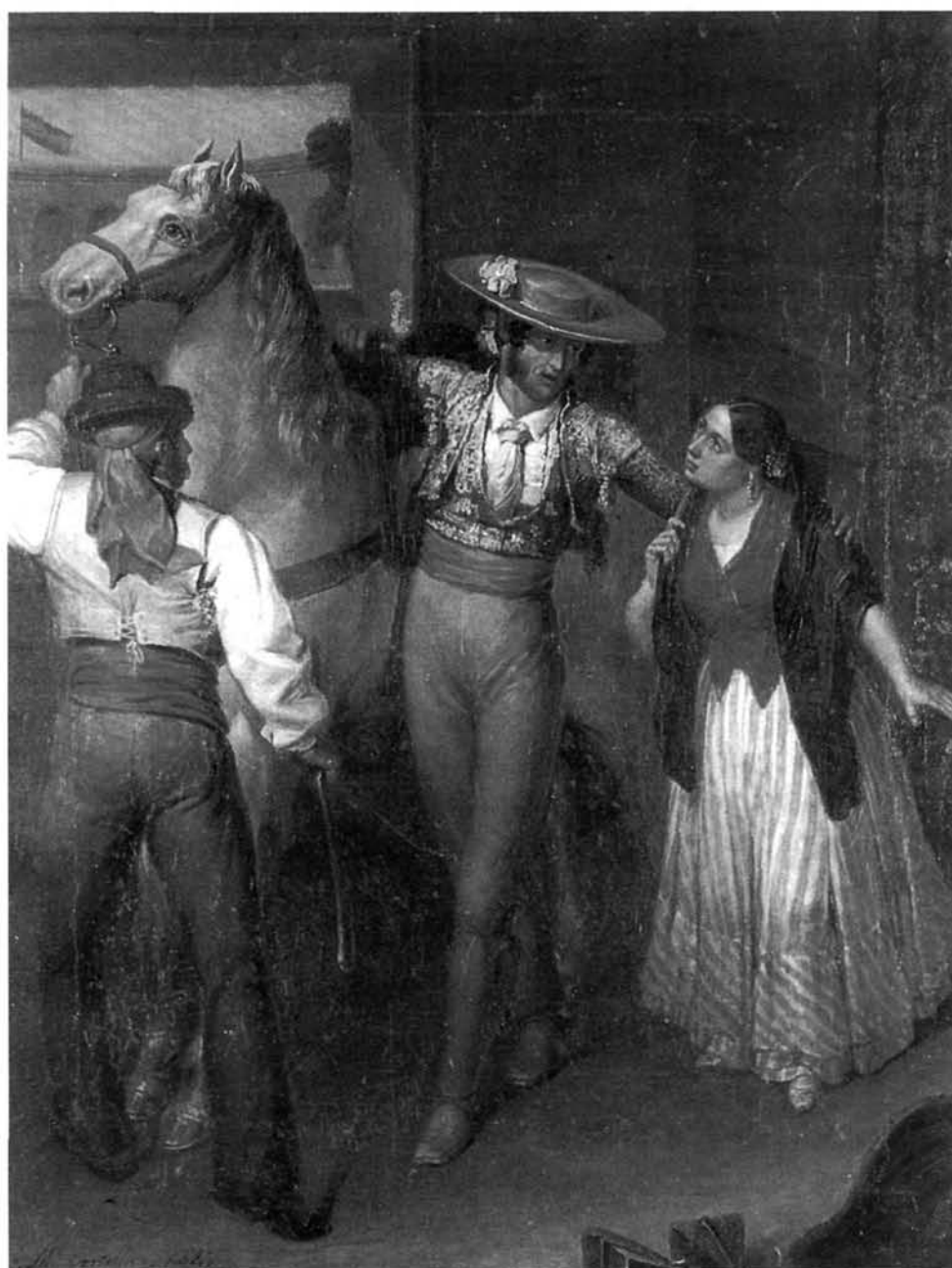
Esto se puede detectar con bastante claridad en el texto de la novela. Todo, empezando por su aspecto: pálido, enjuto, alto, un ser con barba que sufre ataques de epilepsia, hasta sus actuaciones que suscitan a la vez la admiración y el desconcierto de los demás —todo es una insinuación fina a su antecedente Don Quijote. Don Quijote está mencionado, dos veces, en el texto de la novela, pero de una manera incidental, insinuante. Es algo así como cuando el pintor del cuadro se pinta a sí mismo en un plano lejano de una composición con muchas figuras.

Me gustaría terminar este ensayo con una línea de una carta de Moscú recibida hace poco. «Oh, España, limones, mirtos, españoles sobre mulas... Dime, querida, ¿es esto cierto?». La primera parte de la frase está tomada al pie de la letra de la narración de Dostoyevski, «El sueño de mi tío»; la segunda, es una interrogación irónica del autor de la carta. Como ven ustedes, la leyenda sigue en vigor aún ahora. Pero prefiero terminar con otra cita, del relato de Gógol *Diario de un loco* (1835). El protagonista Propushchin ha sido recluido en un manicomio. Escribe en su diario:

Año 2000, abril 43. El día de hoy es un día de gran júbilo. Hay un rey en España. Lo han encontrado. Ese rey soy yo... Confieso que fue como el destello de un relámpago... He descubierto que todo gallo tiene su España y la lleva debajo de las plumas.

Pienso, que esta «España propia, escondida debajo de las plumas» es el símbolo que hace latir el corazón de los rusos.

Natalia Vankhanen



Angel Cortellini:
«Picador» (1847)